

EL GUARDIÁN DE PIEDRA

El Ebro, a su paso por el Puente de Carlos III, no arrastra agua, sino memoria. Dicen que si te apoyas en sus pretiles de sillería una noche de niebla cerrada —de esas que borran las siluetas de las chimeneas industriales—, el río te devuelve los secretos que la ciudad ha preferido callar.

Anoche bajé a la orilla, allí donde las piedras parecen cansadas de sostener la historia. Vi un destello metálico entre el lodo y, al recogerlo, descubrí una llave antigua, devorada por el óxido pero aún orgullosa. No abría ninguna puerta de mi casa, ni de los viejos talleres, sino el recuerdo exacto de por qué mis raíces se hundieron aquí, entre raíles y corrientes, cuando todos los demás decidieron marchar.

Miranda no es solo un lugar de paso; es el nexo donde el hierro se vuelve alma y el puente, un abrazo eterno que une lo que fuimos con lo que aún nos atrevemos a soñar.